“EL DORADO” DE BARBACOAS

Escribe: ROGERIO VELASQUEZ

La religiosidad de Barbacoas en la época de la Independencia, se patentiza en el rescate de las joyas de la iglesia, incautadas por Angel María Varela, en 8121. El bugueño, después de combatir a Tamáriz que gobernaba el territorio y de meter la provincia entre las gobernadas por Bolívar, conminó a los telembíes a pagar, cuanto antes, veinte mil pesos en plata, a cambio de dejarles las alhajas de la Virgen de Atocha, patrona del poblado. El caso era de apuros, pues, por El Castigo, bajaban las tropas del realista Basilio García, quien impediría, de seguro, la salida de los patriotas a la isla de Tumaco.

Ante semejante propuesta, desusada y atrevida, surgieron los ruegos y las lágrimas. Lloró el vicario y cura del lugar, gimen las matronas, en tanto que entregan lo que tienen los ricos ciudadanos. Hay viajes apresurados a las minas de Alpud, Belén y Guagüí, de San José e Ispí, de Santa Elena y La Honda. Málaga y El Tigre, Carlosama y Teraimbe, Telpí e Inguambí fueron requisados minuciosamente. La desazón crecía al constatar que los pesos necesitados no aparecían para saciar a Varela que buscaba oro para emancipar a esos países que estaban más allá de la línea equinoccial y que se querían ver libres como Colombia y Venezuela.

La contribución era en oro físico o labrado o en doblones de plata. No servían las vajillas finas del Marqués de Miraflores, Don Pedro Quiñones y Cienfuegos, el mismo que daba banquetes atendidos por esclavas semidesnudas con brassieres deslumbrantes. Nada valía el atuendo de los Angulos, la fuerza de los edificios de Sara Murillo, el comercio arrebatado a los españoles. Era tiempo de probar la riqueza del territorio y de sus habitantes, noticia ponderada por el P. Velasco que decía que “los indios del lugar se adornaban de pies a cabeza de oro fino, sin usar de otro metal, aún para sus armas e instrumentos” (1).

Los payaneses habían ido a la comarca por planchas áureas que se perdían en barrancos y playas, meandros y metederos, en Pambana y el Camino Real. Con granos de esa clase se habían engrandecido los Capitanes Juan Acosta y Fernando Pérez de Rúa, Cristóbal Delgado y Diego Galindez, Francisco Peralta y Francisco Sarmiento, aruñando los entables con las manos de los esclavos. De ese oro escondido en zarzos y paredes,

pisos y entierros había que dar algo para hacer el bienestar de los que todavía desconocían las contradicciones de la democracia.

Las afirmaciones de Julián Mellet de que "Barbacoas era rica por sus minas, y que el oro se jugaba por sacos" (2), no parecía ser cierta. Si no había mentido el francés, por qué se demoraban los nativos para llenar las balanzas de platina, aunque fuese, cotizada a dos pesos la libra en los mercados extranjeros? El momento era crítico. Los enviados de García a preparar levantamientos, debían estar cayendo al Telembí desmantelado.

Una manera de obtener dinero suficiente para la venta precipitada de tantos esclavos que merodeaban en las familias. Los de Angel Míguez y Trucio, "mi amo el Angel", como lo llamaban sus siervos; los de los Arboledas, Cabezas, Corteses, Orejuelas, Ferrines, Preciados y Paces, Quiñones y tantos que por ir desnudos se mimetizaban con el bosque, podían ser sacados a Tumaco y empacarlos en balandras al Callao o a Chile. Los neoafricanos que plantaron a Santa María del Puerto de Barbacoas, o Nuestra Señora del Puerto Toledo, eran artículos que se podían sacrificar ya que se les jugaba a diario como a semovientes, o se pagaban con ellos deudas de minas y de comercio al por mayor.

No contaron los indios de Atacames al piloto Bartolomé Ruiz que sus "casas estaban sembradas de clavos de oro", extraídos de Barbacoas? No había sido exaltada la tierra por Cieza de León como una de las más anchurosas en metales de cuantas se extendían por la costa? Era extraño la demora en juntar veinte mil pesos de a ocho reales. De Guelmambí e Iscuandé se habían llevado sumas mayores Juan de Céspedes, Miguel Cabello Balboa, Diego López de Zúñiga, Miguel Ibarra, Cristóbal de Troya, Pablo Durango y Delgadillo, Francisco Pérez Menacho, Juan Vicente Justiniani y Hernando Calderón. Los indios estaban ahí para ser deportados y vendidos en Pasto y Guayaquil.

No se explicaba Varela la causa de las lágrimas y de las inquietudes pueblerinas. Dentro de los cofres familiares debía de haber dinero para salvar la tradición. En los arcones de cedro, entre objetos finos femeniles traídos de Salamanca o de Sevilla, de Madrid o Cartagena, se hallarían onzas de oro, joyas relampagueantes pulidas en Popayán o Lima. No escasearían las alhajas talladas en el mismo Barbacoas por artistas nativos que evocaban, por la finura y dedicación en el montaje, a los viejos orfebres de la Española o Santo Domingo, de Panamá o la metrópoli.

Si el Telembí no sabía qué hacer, Juan Francisco Paladines y Romero o Rosero, cura del lugar, estaba loco. Cómo dejar salir, así no más, los bienes de la iglesia? Qué dirían los obispos de Pasto y Popayán, de Lima y Quito? Convenía un esfuerzo para saciar a Varela que arrasaba el templo, se iba con los vestidos de la Virgen, silenciaba las campanas de bronce y regaladas por Felipe II, manchaba los paños de los altares traídos de Palencia y Zamora, Segovia y Béjar, y daba a la soldadesca las botellas de vino traídas de la Mancha o del Reino de Sevilla, en petacas de cuero, barriles o garrafas que se enterraban después con el oro biche de los canalones.

Una reunión con las damas más linajudas del contorno resolvería el conflicto. Entregar, en aras de la Religión, los bienes más preciados. Dicho y hecho. Liberata Batalla, rica-hembra de la comarca, rescató, por sí sola la custodia de oro puro traída de Madrid en los primeros días del siglo XVIII; Inés Gómez de la Rúa, salvó un delantal de la Virgen, formado por láminas de oro; cetro y corona del Niño Jesús, fue recobrado por María Josefa Salas y María Estacia; zarcillos, collares, prendedores, cadenas, cálices, rosarios, obras de plata, campanas y otros objetos menores, fueron redimidos por Ana González, María Jerónima Díaz del Castillo, Gregoria Cortés, Flora Ferrín, Valentina Preciado, Rosa Serrano, Luz Sevillano, Juana Ortiz, Fermín Zamora, Justa Villegas, María Preciado, Vicenta y Javiera Requejo y Valentina Serrano (3).

Así fue. Barbacoas la ciudad olvidada en su selva violenta donde todavía no ha llegado el influjo de la civilización; Barbacoas, enmurallada en una temperatura de 27 a 30° centígrados; Barbacoas, entre ríos mineros que lo importan todo y que padecen toda suerte de hambre, contribuyó con tres quintales de oro puro a la empresa emancipadora de los países del Sur, pueblos que ignoran qué aldeas y qué hombres de la Nueva Granada dieron sus haberes y su sangre para sacarlos de la servidumbre.

BIBLIOGRAFIA

1. Velasco, Juan de, 1841-1844. **Historia del Reino de Quito en la América Meridional.** Imp. del Gobierno. Quito. 3 Vols.
2. Restrepo, Vicente, 1952..... **Estudio Sobre las Minas de Oro y Plata de Colombia.** Publicaciones del Banco de la República. Imp. del Banco de la República. Bogotá.
3. Ortiz, Sergio Elías, 1958... **Agustín Agualongo y su Tiempo.** Editorial A.B.C. Bogotá.